

Según este anteproyecto tendríamos el siguiente  
**CUADRO GENERAL DE PARROQUIAS**

Parroquias	Poblac. 1964	Poblac. 1970	Población al terminar los polígonos condicionados
Iztieta .....	6.301	9.590	9.590
Galzaraborda ..	3.694	7.676	7.676
Alaberga .....	2.947	4.567	4.400
Edicon .....	—	—	6.147
Matriz .....	11.058	9.412	11.745
Gabierrota .....	—	3.633	3.633
Agustinas .....	—	—	3.187
<b>TOTAL ...</b>	<b>24.000</b>	<b>34.868</b>	<b>46.378</b>

#### IV

##### IV. A modo de epilogo.

El sociólogo Doucastella afirma que el suburbio no se supera destruyendo las chavolas y levantando en su lugar una barriada. Si ésta no cuenta con escuelas, con servicios religiosos adecuados, con centros sociales, todavía subsiste el suburbio.

a pesar del buen aspecto de las casas, y a pesar de los postes de televisión que pudieran ir poblando los tejados.

La sociología religiosa aconseja que toda comunidad definida geográficamente y con suficiente densidad demográfica sea revestida de la forma canónica parroquial, para que la parroquia sea el alma espiritual de dicha comunidad.

Más. Una parroquia presente desde el comienzo de la vida de una barriada y ligada a la misma en sus preocupaciones y afanes, tendría una fuerza de atracción, de cohesión, de animación espiritual, de enraizamiento de las familias y las personas, mucho mayor que si viene una vez que la comunidad se halla establecida.

He aquí, pues, una empresa noble, de altos vuelos para el bien del Rentería presente y futuro: dotar a las nuevas barriadas de Iglesias parroquiales propias. Todos pueden y deben arrimar el hombro en esta gran tarea que requiere ingentes recursos no sólo económicos, sino también de energías a desplegar.

No lo olvidemos. Plantar la Iglesia en las nuevas comunidades humanas es esconder un fermento poderoso en medio de la masa, es hacer a Cristo presente en medio de nosotros y de nuestros hermanos.

# LOS HOMBRES DEL OYARZUN

Rentería también tiene su río, pero todos los vecinos de esta Villa prefieren no hablar de él. Es un río que alcanza su madurez demasiado pronto para llegar a adquirir grandeza, como un niño que súbitamente frisara en la cuarentena, sin haber pasado por ese período turbulento de la adolescencia. Por eso, el Oyarzun, que ese es el nombre de nuestro río, es cojitranco, sucio, maloliente y con rasgos seniles en unas aguas con el color de eso que, en algunos bares, llaman café con leche. Quizás por esta misma razón, por su senilidad prematura, se desata algunas veces con fanfarronerías de adolescente y estalla cometiendo las gamberradas de una juventud inquieta sin suficiente formación.

Pero los ríos también tienen sus hombres, sus personajes, seres humanos estrechamente vinculados a su existencia; y el nuestro, por no ser menos que otros, en algunos momentos absorbe ciertos seres que, viviendo junto al río, ni siquiera tienen conciencia de su existencia la mayor parte del tiempo.

Podríamos decir que el Oyarzun nos tiene en jaque a casi todos los habitantes de Rentería, cuando menos un par de veces por año; a todos los que, salvo en estas determinadas circunstancias, vivimos completamente despreocupados de nuestra corriente fluvial, excepto cuando algunos días veraniegos nuestros olfatos acusan de la existencia de esas aguas que, sin ser arroyo, se deslizan junto a nosotros emparedadas con infulas de hidrografía.

De ello dan fe serenos y comerciantes cualquier noche de esas en que las nubes cabalgan sobre los montes que nos rodean, acometidas de vomitonas torrenciales. Y nuestras narices, en esas noches caniculares en que nos sentamos en la Alameda para dejarnos acariciar por la brisa, y terminamos levantándonos porque nuestras pituitarias protestan energéticamente.

Pero el Oyarzun tiene unos hombres que con ser conocidos de todos o casi todos nosotros, son ignorados por la mayoría de los renterianos.

Se les puede ver en esas noches invernales en que la bruma juega a olfatear tejados, y el "sirimiri" da lustre de charol a las calzadas; andando despacio de un lado al otro, con la vista fija en las aguas como si quisieran descubrir de ellas misterios recónditos; jugando a equilibristas; siempre con paso lento sobre el pretil de la orilla derecha del Oyarzun.

Son conocidos en la fábrica, en el taller, en la calle y en los bares; pero casi todos los ignoran en estas andanzas noc-

turnas; y el uno puede llamarse Patxi, el otro con un castellano Juan, y aquel de allí con el galleguino José.

¡Anguleros! Están aquí, allí, silenciosos, diseminados, como una trínca de sombras bajo el baño tenue de unas luces somnolientas, jugando al azar de su pesca en el frío de la noche de invierno, mientras duermen sus amigos soñando con la cazuela del sábado.

Nosotros tenemos un río, pero nuestro río tiene también sus hombres, aunque sean unos hombres que con estar siempre a nuestro lado los ignoremos en su condición de hombres del río.

J. M. A.

